

Producción colectiva de trabajo, bienestar y subjetividades: la Organización Barrial Tupac Amaru

Virginia Manzano*

Resumen

Este artículo aborda la relación entre trabajo y constitución de subjetividades como aspectos centrales de las luchas por la redistribución del ingreso y los reclamos de ciudadanía en contextos históricamente situados. A partir de una perspectiva antropológica, se analiza la experiencia de la Organización Barrial Tupac Amaru en la provincia de Jujuy (Argentina), en cuanto que se trata de un movimiento que surge para organizar a personas desocupadas y se reconfigura cuando implementa políticas públicas orientadas a promover el empleo cooperativo entre la población desempleada durante los gobiernos kirchneristas. Con la creación de puestos de trabajo en cooperativas, la Organización Barrial Tupac Amaru se convirtió en la tercera empleadora de Jujuy; simultáneamente produjo una profunda red de servicios y de protecciones asociada con el bienestar y un circuito de distribución de bienes que permitieron el acceso de los sectores populares a la salud, la educación, la vivienda y la recreación. Las prácticas de redistribución actuaban conjuntamente con otras que apuntaban a la creación de un tipo particular de subjetividad, condensada en la categoría tupaqueros, las cuales anclaban en la clase social a partir del reconocimiento del trabajo y en la afirmación de dimensiones étnicas y sexuales. Se intenta mostrar, recuperando el énfasis antropológico de la categoría de ciudadanía como práctica de construcción de membresía y como proyecto ético de producción de de-

* Universidad de Buenos Aires, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Correo electrónico: virginiamanzano@gmail.com

Nota de la autora: Esta investigación y las estadías de trabajo de campo fueron posibles gracias a subsidios de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires a través de la programación UBACYT y de la Agencia Nacional de Investigación Científica y Tecnológica a través del FONCYT.

Artículo recibido: 07/08/2022 Artículo aprobado: 20/12/2022

MIRÍADA. Año 15, N.º 19 (2023), pp. 127-156.

© Universidad del Salvador. Facultad de Ciencias Sociales. Instituto de Investigación en Ciencias Sociales (IDICSO). ISSN: 1851 9431

terminado tipo de personas, que las luchas por la redistribución desafiaron un orden social y urbano de jerarquías de clase, étnicas y sexuales construido históricamente en Jujuy.

Palabras clave: ciudadanía, clase, etnicidad, sexualidades, jerarquías

***Collective production of work, well-being and subjectivities:
the Tupac Amaru Neighborhood Organization***

Abstract

This article addresses the relationship between work and the constitution of subjectivities as central aspects of the struggles for income redistribution and citizenship claims in historically situated contexts. Based on an anthropological study, the experience of the Tupac Amaru neighborhood organization in the province of Jujuy is analysed. It is a movement that arises to organize unemployed people and reconfigures itself when it implements public policies aimed at promoting cooperative employment among the unemployed population during the Kirchner governments. By creating jobs in cooperatives, the organization Tupac Amaru became the third largest employer in Jujuy. Simultaneously, it produced “welfare devices” and a circuit for the distribution of goods that allowed the access of the popular sectors to health, education, housing and recreation. The redistribution practices acted jointly with others that pointed to the creation of a particular type of subjectivity, condensed in the tupaqueros category, which rooted in class relations, ethnicity and sexualities. Through an anthropological understanding of the category of citizenship as a set of practices for membership building as well as an ethical project for the making of a certain type of people, this paper argues that the struggles for redistribution in Jujuy challenged a social and urban order of class, ethnicity and sexual hierarchies historically constructed.

Keywords: citizenship, class, ethnicity, sexualities, hierarchies

Los vínculos entre formas heterogéneas de trabajo, acción política y constitución de sujetos e identidades se encuentran en el centro de un profundo debate en circuitos políticos y académicos a nivel internacional. Es ampliamente conocida la propuesta del geógrafo David Harvey (2014), quien, bajo su línea general de análisis sobre acumulación por desposesión, inscribe la reflexión sobre el papel de la urbanización en los modos de acumulación del capital, recuperando la cuestión del Derecho para pensarlo en clave de la consigna política del derecho a la ciudad. La tarea de crear y mantener la vida urbana, según Harvey (2014), se encuentra en manos de trabajado-

res/as¹ eventuales, a tiempo parcial, desorganizados y mal remunerados: el llamado “precariado”, que ha desplazado al proletariado tradicional. De ese modo, el derecho a la ciudad consiste en reclamar el control sobre la producción y el uso del excedente, en tanto que quienes construyen y mantienen la vida urbana tienen un derecho primordial a lo que han producido. Se crean así las condiciones para articular y coordinar la acción política de movimientos desconectados al tomar la ciudad en campo de lucha.

Estos asuntos teóricos y metodológicos suelen aparecer reelaborados en el idioma político y activista con el propósito de extraer la potencia y las posibilidades que ofrecen diferentes categorías, como las de precariedad o de desempleo, para imaginar estilos de vida y formas de lucha en el marco del declive del poder del sindicalismo tradicional y de la fragmentación de identidades colectivas (Casas-Cortés, 2014; Neilson y Rossiter, 2008). En el caso de Europa, categorías como las de precarización y precariado favorecieron la confluencia y la formación de una constelación de colectivos activistas y movimientos sociales (Casas-Cortés, 2014), en tanto que, en países como Argentina, la categoría de economía popular se tornó relevante para dar cuenta de este tipo de cuestiones durante los últimos diez años.

Con relación a lo anterior, la categoría de economía popular ha venido a condensar buena parte de los análisis sobre asuntos relativos a las transformaciones del trabajo, las figuras plurales de los/as trabajadores/as, la participación social en la distribución de la riqueza, la acción política y el reconocimiento de identidades. Con la constitución de la Confederación de la Economía Popular en 2011, y su posterior redefinición como Unión de los Trabajadores de la Economía Popular en 2019, se pone en acto la categoría de

¹ Este artículo se basa en registros de trabajo de campo y materiales de divulgación (revistas, cuadernillos, videos, entre otros) de un movimiento social activo en la provincia de Jujuy (Argentina) denominado Organización Barrial Tupac Amaru. Dicha organización se consolidó como tal en 2004 y se convirtió en un actor político y social central en esa provincia hasta diciembre de 2015, cuando diversas estrategias de poder lograron su desarticulación, entre ellas el encarcelamiento de sus principales referentes. A lo largo de ese período de actuación, transformó sustantivamente las relaciones entre géneros y sexualidades, sin embargo, no construyó un discurso explícito ni un vocabulario distintivo que diera cuenta de esas transformaciones, por ejemplo, continuaron definiéndose a sí mismos/as como “tupaqueros” en la escena pública o refiriéndose como “Día del Trabajador” a la celebración del Primero de Mayo. Por todo ello, en los registros de actuación de este movimiento no aparecen indicios de duplicación de género (los/las/les), es decir, de una manifestación del lenguaje que es marcadamente notoria desde el año 2015 hasta el presente en el seno de diferentes movimientos sociales. Como consecuencia, en este artículo se incorpora la duplicación de género cuando esta no altera el sentido original de los términos tal como estos aparecen en el registro del trabajo de campo y en los documentos fílmicos e impresos que ha dejado como legado la Organización Barrial Tupac Amaru.

trabajadores/as de la economía popular, con la intención de visibilizar un sector específico de la población para el cual resultan limitadas otras categorías históricas e institucionales que ordenan, de un lado, a los trabajadores asalariados formales inscriptos en un rango amplio de derechos y protecciones y, del otro, a los pobres objeto de políticas de asistencia y, por extensión, destinatarios de estigmas y estereotipos vergonzantes (Grassi, 2003). La economía popular puede ser entendida como una categoría reivindicativa o de identidad colectiva que se orienta a unificar a un heterogéneo conjunto de sujetos y actividades mediante la promoción de aquello que hacen como trabajo y la conquista de derechos similares al de los/as trabajadores/as formales bajo relación salarial (Fernández Álvarez, 2016; Forni, 2019; Forni *et al.*, 2020; Maldovan Bonelli y Melgarejo, 2019; Muñoz y Villar, 2017; Natalucci y Mate, 2020).

Los Gobiernos kirchneristas (2003-2015) establecieron un marco histórico para redefinir posiciones y promover prácticas bajo la categoría de economía popular. Puntualmente, la crisis financiera internacional de 2008 puso de relieve las condiciones estructurales del uso de la fuerza de trabajo, lo que debilitó el imaginario que anudaba trabajo, reactivación industrial y movilidad ascendente como modo de integración de los sectores populares (Muñoz y Villar, 2017; Natalucci y Morris, 2019). La economía popular también fue concebida por algunas organizaciones sociales como una formulación alternativa a la de economía social y solidaria que animaba distintos programas de promoción del empleo para la población pobre y desempleada (Fernández Álvarez, 2016; Forni, 2019; Natalucci y Mate, 2020).

Los desafíos de la representación gremial y política de los/as trabajadores/as de la economía popular, así como la construcción de unidad a través de la heterogeneidad de actividades, sujetos y organizaciones sociales constituyen preocupaciones relevantes en la literatura académica especializada (Muñoz y Villar, 2017; Natalucci y Morris, 2019). En tal sentido, ha cobrado centralidad el análisis sobre la construcción de identidades colectivas atendiendo tanto al papel de los símbolos, especialmente aquellos asociados a la religiosidad popular, como al trabajo identitario sobre la propia categoría de economía popular que vertebra los materiales que circularon en la escuela de formación de militantes de la CTEP durante 2014 (Forni, 2019; Forni *et al.*, 2020).

El reconocimiento de los/as trabajadores/as de la economía popular y, por ende, de las organizaciones que aspiran a su representación también ha sido otro asunto dilemático. La CTEP recorrió un intrincado camino para intentar obtener la personería gremial y funcionar jurídicamente como sindicato de la economía popular (Forni, 2019; Natalucci y Morris, 2019). Ahora bien, la cuestión del reconocimiento es un asunto que traspasa aspectos exclusivamente atinentes al reconocimiento institucional, para relacionar-

se directamente con disputas por la redistribución de la riqueza (Maldovan Bonelli y Melgarejo, 2019). Así, algunos planteos consideran que la legitimidad de los/as trabajadores/as de la economía popular para disputar la distribución de la riqueza se encuentra enraizada en experiencias históricas de despojo y expropiación (Fernández Álvarez, 2018; Natalucci y Mate, 2020).

La revalorización de los/as trabajadores/as de la economía popular como productores de trabajo y generadores de riqueza supone confrontar otras categorías históricas que suelen posicionarlos en un lugar de carencia y pasividad, tales como marginalidad, informalidad, exclusión e inempleabilidad (Maldovan Bonelli, 2020). La valorización de los sujetos a partir de las actividades que realizan conlleva reconocer su aporte en términos del valor producido, superar la frontera que impone el valor de mercado y privilegiar la utilidad social de muchas de estas ocupaciones (Maldovan Bonelli, 2020). En un sentido similar, otros planteos académicos sostienen que el trabajo asalariado opera como un horizonte desde el cual se proyectan subjetividades menos como materia por transformar (dejar de ser trabajadores/as de la economía popular para devenir asalariados/as) y más como fundamento para la producción de derechos colectivos y para imaginar formas de bienestar (Fernández Álvarez, 2016, 2018).

En este artículo, considero que los debates sobre economía popular pueden beneficiarse con el análisis de la experiencia de la Organización Barrial Tupac Amaru en la provincia de Jujuy. Esta organización se conformó en 1999 como parte de la estrategia gremial de la Asociación de Trabajadores del Estado, enrolada en la Central de los Trabajadores de la Argentina, con el objetivo de sindicalizar a personas desocupadas a partir de sus lugares de residencia. Milagro Sala, en ese tiempo Secretaria Gremial de dicha asociación sindical, se abocó a agrupar a desocupados en barrios populares mediante la puesta en funcionamiento de “copas de leche” (Manzano, 2016). A partir de 2004, se masificó aceleradamente cuando los Gobiernos kirchneristas lanzaron el Programa Federal de Emergencia Habitacional, dependiente del Ministerio de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios, cuyos lineamientos proponían incorporar a población desempleada en cooperativas de trabajo para la construcción de viviendas. A lo largo de diez años, sus miembros —mujeres y varones— construyeron ocho mil viviendas en la provincia de Jujuy, equipamiento comunitario y una red de servicios sociales, educativos, sanitarios y recreativos, creando y regulando un número estimado en cinco mil puestos laborales. A partir de esta experiencia, abordaré, desde una perspectiva antropológica, tres procesos articulados:

- la creación de puestos de trabajo en el marco de cooperativas para la construcción de viviendas;

- la producción de un dispositivo de prestaciones de servicios y protecciones asociadas con el bienestar; y
- la constitución de subjetividades, como parte de intensas luchas por la redistribución del ingreso mediante las cuales las personas se afirmaban colectivamente en términos de clase social, etnia y sexualidad.

Los análisis académicos sobre esta experiencia anticipan, a mi criterio, algunos de los ejes de debate que tiempo después se pusieron en juego para interpretar las prácticas englobadas bajo la categoría economía popular. Partiendo de un enfoque institucional, una buena parte de los estudios se encaminó a reconstruir los vínculos de la Organización Barrial Tupac Amaru con el Estado y las consecuencias de esa relación en el sistema provincial y local de gobierno. Asimismo, se ponderó la distribución de recursos en la formación de mecanismos de representación política de sectores definidos como empobrecidos o informales (Battezzati, 2012; Rodríguez Blanco, 2011; Tabbush y Caminotti, 2015). Se sostuvo que la Tupac Amaru era protagonista de un régimen de intermediación jerárquico informal, consolidado durante los gobiernos kirchneristas, que se caracteriza por la jerarquía y hegemonía de una organización sobre otras, el monopolio en el uso y distribución de recursos, la articulación de intereses colectivos, capacidad de presión hacia el Gobierno provincial, provisión de servicios y legitimidad para discutir políticas públicas. La informalidad se refiere tanto a las particularidades de las formas de vida de los sectores representados como a las débiles regulaciones estatales en comparación con los modelos sindicales corporativos (Battezzati, 2012). Otras interpretaciones plantean como equívoco estudiar a la Tupac Amaru exclusivamente desde la lente de los procesos que se institucionalizan porque la dinámica de esta organización tendió a generar el desborde de normatividades instituidas en un intento por desplazar las desigualdades históricas en la sociedad jujeña y crear nuevas formas de relación y subjetividad (Gaona, 2015; Manzano, 2015, 2016, 2021).

A diferencia de las organizaciones que se articulan a través de la categoría de economía popular y que se consolidan en la etapa del gobierno de Mauricio Macri en Argentina (2015-2019), la Organización Barrial Tupac Amaru ha sido objeto de políticas represivas en ese mismo período, las cuales aceleraron su desmembramiento porque se dispuso la prisión de sus dirigentes más reconocidos, se paralizaron los fondos destinados a cooperativas de trabajo y se debilitó el sistema de prestaciones y de protecciones que había creado. El 14 de diciembre de 2015, esta organización protagonizó una movilización seguida de un acampe en la plaza Belgrano, frente a la sede del Gobierno de Jujuy. Mediante esa medida, se solicitaba la

apertura de un canal de diálogo con el nuevo Gobierno provincial en torno a programas de alimentos, ayudas navideñas y la reactivación de las obras en construcción en las cuales se empleaban los cooperativistas. El Gobierno provincial respondió al acampe con una serie de medidas de corte represivo, entre las cuales se encuentra la detención de Milagro Sala el 16 de enero de 2016, acusada en primera instancia de tumulto e instigación al delito. Sala permanece actualmente en prisión domiciliaria, en tanto que cientos de presidentes de cooperativas fueron procesados judicialmente y otros/as dirigentes, la mayoría de ellas mujeres, se encuentran en la cárcel.

En lo que sigue, analizo, en primera instancia, la creación de puestos de trabajo en cooperativas enmarcadas en políticas públicas, los cuales fueron definidos como *trabajo digno* en función del acceso al consumo, a la proliferación de circuitos para la redistribución de bienes y a la construcción colectiva de un sistema de prestaciones y derechos asociados con el bienestar. En una segunda parte, exploro la constitución de subjetividades políticas en el marco de disputas históricas por la redistribución de la riqueza y el derecho al bienestar, mostrando cómo el reconocimiento trasciende la figura del trabajador, para incorporar dimensiones étnicas y sexuales que alteraron los límites impuestos por un orden de dominación jerárquico y de carácter urbano. En las conclusiones, retomo los alcances del concepto de ciudadanía, que estructura gran parte de mi argumentación, el cual me permite sostener que las luchas por la redistribución del ingreso son reclamos de ciudadanía. En términos de Marshall (1997), serían reclamos de bienestar económico, seguridad y participación en el patrimonio social de una determinada época. Sin embargo, antes que la consideración normativa de la ciudadanía como estatus y pertenencia a una comunidad nacional, me interesa recuperar el aporte antropológico al tema para tratar con experiencias vívidas que dan cuenta de constitución de membresía y subjetividad política en contextos históricamente situados (Lazar, 2013).

Metodología

Este artículo se basa en una investigación etnográfica, entendida como enfoque, método y texto, que se compone de tres estadios de trabajo de campo en Jujuy entre 2014 y 2018. En 2014, una colega oriunda de Buenos Aires, quien, en virtud de su militancia en el campo de derechos humanos, se había incorporado al área de educación terciaria de la Organización Barrial Tupac Amaru, habilitó mi ingreso a la vida del movimiento. Por eso mismo, mis primeras conexiones fueron con mujeres que se desempeñaban como auxiliares de limpieza en el Instituto Terciario, quienes también residían en el barrio construido en Alto Comedero y habían integrado las primeras

cooperativas de trabajo. A la par, conocí a egresadas de la carrera de Técnico Agente Sanitario, quienes tenían a su cargo el área de atención primaria en salud; ellas fueron fundamentales para adentrarme en las dinámicas del barrio, ya que las acompañé cotidianamente en algunas de sus actividades principales, tales como la “visita domiciliaria”.

Como anticipé, Milagro Sala y otros seis integrantes de la organización Tupac Amaru, cuatro de ellos mujeres, fueron encarcelados/as, acusados/as de resistencia a la autoridad, instigación al delito, asociación ilícita, extorsión y fraude a la Administración Pública² en enero de 2016. Como consecuencia, en junio de ese mismo año, durante mi segunda estadía de campo, tuve la oportunidad de conocer y acompañar cotidianamente a personas que se mantenían apegadas al movimiento, a pesar de la represión, como Luci, Kari y Azu, que eran maestras y auxiliares en la escuela primaria, además de residir en el Barrio de la Tupac Amaru en Alto Comedero. También conocí a Hugo, Beto y Juan, presidentes de cooperativas y responsables de área dentro del movimiento, con quienes me volví a encontrar en 2017, en Buenos Aires, cuando organicé un seminario sobre la Organización Barrial Tupac Amaru en mi universidad. En 2018, buena parte de mi trabajo consistió en visitar a las mujeres prisioneras en el penal de Alto Comedero y a Milagro Sala en la localidad de El Carmen, donde cumplía prisión domiciliaria.

El nombre de las personas, excepto el de figuras públicas, está modificado a lo largo de todo el texto para conservar el anonimato y el compromiso de confidencialidad. En el caso de Milagro Sala, aparecerá mencionada bajo una diversidad de formas cuando se citen fragmentos de entrevistas o testimonios. Esto se debe a que convivían distintas categorías en uso entre quienes integraban la Tupac Amaru para referirse a ella: Milagro, Flaca, Ella y Jefa, entre otras. Los materiales que sustentan el análisis provienen de registros de campo, entrevistas en profundidad y fuentes secundarias recopiladas, tanto materiales escritos y audiovisuales producidos por la propia organización como documentación correspondiente a entes oficiales o noticias publicadas en medios de comunicación de alcance local.

Crear trabajo digno: redistribución del ingreso y producción de bienestar

Como mencioné previamente, la Organización Barrial Tupac Amaru se masificó paulatinamente cuando el Gobierno nacional argentino convirtió una parte del movimiento de desocupados en objeto de políticas públicas que promovían la asociación cooperativa para la construcción de viviendas y

² La descripción de las estrategias represivas y el rol que asumí como perito de parte a pedido de la defensa de militantes de la Organización Barrial Tupac Amaru puede consultarse en Manzano (2020).

mejoramientos urbanos. Una narrativa ciertamente estandarizada entre sus integrantes establece que el acceso a esta política nacional sucedió tras el viaje que Milagro Sala emprendió hacia Buenos Aires en 2004 para entrevistarse con la entonces ministra de Desarrollo Social, Alicia Kirchner, con el propósito de reclamar el aumento en el número de *planes*³ para desocupados. En una conversación que mantuve con Mirtha y Gladys en mi visita al penal de mujeres de Alto Comedero en 2018, la segunda de ellas recordaba: “Ahí ellos le dicen: ‘No te vamos a dar planes, te vamos a dar proyectos de construcción de viviendas. Vos sabés construir, ¿no?’; y la Flaca dijo: ‘Sí, sí’” (registro de campo 2, 11 de marzo de 2018). Las dos rieron cuando rememoraron ese acto de atrevimiento que se transformó en toda una hazaña, ya que la construcción de las primeras ciento cuarenta y ocho viviendas en cuatro meses forma parte de un reto colectivo de gran intensidad: obtener tierras, replantear el suelo, aprender a construir y sumar guardias nocturnas para custodiar el predio y los materiales (Manzano, 2021).

A lo largo de once años, las cooperativas inscriptas en la Tupac Amaru construyeron ocho mil viviendas en toda la provincia de Jujuy. El barrio en Alto Comedero, área próxima a la capital provincial, se transformó en el eje gravitacional de la organización: allí, conjuntamente con las tres mil viviendas, se montaron puestos de salud; un Centro Modelo Integral de Rehabilitación (CEMIR); canchas de rugby, fútbol y básquet; la escuela primaria Bartolina Sisa y la secundaria Olga Arédez; un moderno centro cultural con salas de teatro y cine; y el símil del Templo de Kalasasaya, que representa el centro político y ceremonial, a cuyos pies se emplaza un parque acuático y otro con réplicas de animales prehistóricos. En el área céntrica de San Salvador de Jujuy, funcionaba la sede central de la organización y, frente a ella, el Instituto Terciario, donde se dictaban las carreras de Enfermería, Agente Sanitario, Economía Social, Turismo y Diseño de Indumentaria. Desde la capital jujeña, la organización se fue implantando gradualmente en otras localidades, como La Quiaca, Humahuaca, Tilcara-Maimará, Volcán, Calilegua, Libertador General San Martín, Chalicán, Lote Parapetí, San Pedro, Perico, El Carmen, Monterrico y Palpalá.

La Organización Barrial Tupac Amaru se transformó en la tercera empleadora de la provincia con la creación de 5000 puestos de trabajo en cooperativas, ubicada detrás del sector público provincial, que registra-

³ El término alude a la aplicación local de programas *workfare*, o de transferencia condicionada de ingresos, financiados por organismos internacionales de crédito, que ofrecían una suma de dinero muy por debajo de salarios mínimos regionales a jefes/as de hogar desocupados/as a cambio de tareas comunitarias o productivas en proyectos de duración temporal. Un estudio pormenorizado de estos puede consultarse en Manzano (2013).

ba 48 673 empleados en 2006, y del Ingenio Ledesma, con 5086 en 2007. Esta posición impactó profundamente sobre la constitución histórica de la economía política provincial. En breves trazos, la literatura especializada distingue cuatro regiones: Puna y Quebrada de Humahuaca, conocidas también como tierras altas; Valles Orientales Subtropicales o tierras bajas; y Valles Centrales (Teruel *et al.*, 2006). Cada una de estas regiones ha tenido un peso diferencial por sobre las demás a lo largo del tiempo, pautado por el ritmo de la configuración de las actividades productivas. Hasta 1870, a pesar del impacto de las guerras de la independencia, se mantuvo la participación de la provincia en el circuito mercantil andino, caracterizada por la circulación de bienes y la especialización en la actividad ganadera, con una importancia destacada de las regiones de la Puna y la Quebrada de Humahuaca (Conti, 2006). Entre 1870 y 1960, la agroindustria azucarera gravitó decisivamente en las relaciones sociales, políticas y económicas provinciales, dando especial realce a los departamentos de Ledesma y San Pedro, ubicados en los valles orientales subtropicales. A partir de la década de 1930, comenzaron a ensayarse proyectos tendientes a la diversificación productiva: en el caso de los valles centrales, fue consolidándose la producción de tabaco en los departamentos de El Carmen, Monterrico y Perico, y la siderurgia en Palpalá, con la creación en 1945 de Altos Hornos Zapla; en tanto que, en la Puna, tuvo un nuevo despegue la minería concentrada en las empresas Pirquitas (1933) en el departamento de Rinconada y El Aguilar (1936) en Humahuaca.

La expulsión de la fuerza de trabajo durante la década del 60 debido a la mecanización de los ingenios azucareros fue absorbida parcialmente por el empleo público provincial. Esta dinámica se redefine hacia fines de la década del 80 debido a políticas que pregonaban equilibrio fiscal, la reducción del gasto público y la privatización de áreas del Estado (Aramayo, 2009; Bergesio y Marcoleri, 2008; Ferrari, 2015). Como consecuencia, durante la segunda quincena de mayo de 1997, con una tasa de desempleo provincial ubicada en un 18 % sobre la población económicamente activa y una de subocupación que alcanzaba el 10,4 %, las comisiones de desocupados de Libertador General San Martín, San Pedro, Abra Pampa, Palpalá y San Salvador de Jujuy protagonizaron una veintena de cortes de ruta y de calles en articulación con otros actores sociales nucleados en multisectoriales, fundamentalmente con el Frente de Gremios Estatales⁴ (Gómez y Kindgard, 1998).

⁴ El Frente de Gremios Estatales se conformó en 1988, agrupando a una diversidad de sindicatos del sector. En un contexto de reformas neoliberales, los ejes de disputa giraban en torno al nivel salarial, el pago de mensualidades atrasadas y la propia conservación del empleo público. Una reconstrucción detallada puede consultarse en Ferrari (2015).

La Asociación de Trabajadores del Estado (ATE), como parte de la Central de Trabajadores de la Argentina, participó de esas intensas movilizaciones que atravesaron toda la provincia de Jujuy en reclamo por la situación de los desocupados. En la edición de 2014 del *Anuario*, dedicada a celebrar los quince años de la fundación de la Organización Barrial Tupac Amaru, se remite su origen al “hervidero de crisis de desempleo en Jujuy” (p. 3). Asimismo, se explicita una suerte de división de tareas entre la parte gremial y la parte social de ATE, asumiendo el dirigente Fernando Acosta la primera y Milagro Sala la segunda, distinción que algunos dirigentes de la Organización Barrial Tupac Amaru expresaban en una asamblea del siguiente modo: “Nando la vio con Milagro, él se abocó a los precarizados, y Milagro a los desocupados en los barrios. La supimos ver e interpretar. Primero fuimos territoriales, y después la Tupac fue sinónimo de cooperativas y trabajo” (registro de campo 1, 7 de junio de 2016).

Milagro Sala comenzó a organizar a la población desocupada a partir de sus lugares de residencia mediante la puesta en funcionamiento de copas de leche. En distintos documentos de la Organización Barrial Tupac Amaru, estas son consideradas como “las bases sociales del movimiento”. La tarea inicial era la provisión de alimentos, lo cual requería de una intensa labor colectiva, como la recaudación de dinero y la coordinación de tareas para comprar y procesar insumos, leche y yerba para preparar mate-cocido, bollitos dulces y refuerzos con porciones de empanadas o arroz con caballa pocos días a la semana. Diferentes testimonios durante mis estancias de trabajo de campo, así como la producción audiovisual de la organización atestiguaban ese esfuerzo inicial, tal como lo expresan las palabras de Roxana que reproduzco a continuación:

Era difícil mantener la copa porque no teníamos trabajo. Los chicos en ese entonces salían a machetear, a desmalezar las casas, arreglar los frentes para darle a los chicos del barrio, y los vecinos a cambio de eso le deban un poco de harina y azúcar, y con eso podíamos juntar algo para hacer la copa (video “El gran rompecabezas. Organización Barrial Tupac Amaru”, 2012, 9’30’)⁵.

⁵ Este tipo de videos no se encuentran alojados en ninguna plataforma virtual ni repositorio abierto. Formaban parte de una modalidad de comunicación propia de la Organización Barrial Tupac Amaru, coordinada por su entonces área de Prensa, que consistía en filmar diversas actividades, producir documentales y obsequiar esas producciones en DVD cuando alguna persona interesada visitaba sus sedes o participaba de algún evento público. En el verano de 2016, cuando se despliegan distintas políticas represivas y comienza la paulatina desarticulación de la organización, su sede central es intervenida por agencias estatales, y los bienes y materiales allí alojados, entre ellos los audiovisuales, son puestos bajo custodia judicial.

La distribución de bienes vertebraba a las copas de leche, desde la provisión básica de alimentos hasta la entrega de ropa, útiles escolares y regalos de acuerdo con el calendario festivo. Más aún, a medida que se fortalecía la organización Tupac Amaru, las copas de leche asumieron un papel prominente en grandes rituales de distribución, como juguetes y comida, en el espacio público central de la ciudad en ocasión de las festividades de Reyes Magos y del Día de las Infancias.

Las copas de leche también constituían instancias de socialización, especialmente para mujeres y jóvenes; por lo general, en los testimonios, se las concibe como una oportunidad central para recuperarse o recobrase de situaciones anímicas vinculadas con la tristeza, la soledad, la depresión, el consumo de sustancias psicoactivas y el robo. En tal sentido, un joven que participó de uno de los videos de la organización expresaba:

Acá nadie nos creía que los changos, “negritos”, como nos decían acá, los “gatos”, como nos dicen, que se drogaban, le daban algo a los chicos, en ese tiempo dábamos té; y, bueno, así nos fuimos organizando hasta llegar a la copa de leche (video “El gran rompecabezas. Organización Barrial Tupac Amaru”, 2012, 8’ 31”)⁶.

En esta dimensión, las copas de leche funcionaban como encuentros dados a la comunicación y a la contención emocional, así como a la creación de compromisos con categorías específicas de la población barrial, centralmente niños/as y ancianos/as, a través de la comensalidad. Las copas de leche se estabilizaron como la forma primordial de vinculación con el movimiento Tupac Amaru, compuestas por una cantidad variable de personas bajo la regulación de la figura de delegados/as y con un nombre propio que distinguía a cada una de las demás. Por medio de esos grupos, se compartía información, se recaudaba la cuota mensual en dinero para el acceso a servicios, se organizaba la participación en los eventos públicos y se registraba información. A partir de esos registros, se pudo establecer que hacia 2009 la Tupac Amaru ya contaba con 70 000 afiliados en toda la provincia de Jujuy.

Tal como anticipé, la implementación del Programa Federal de Emergencia Habitacional a partir de 2004 representó una inflexión en la historia de la Organización Barrial Tupac Amaru, así como en las dinámicas sociales e históricas de la provincia. El trabajo en cooperativas fortaleció sustancialmente la organización colectiva en tanto que los excedentes generados por quienes construían viviendas también permitían construir infraestructura comunitaria e inscribir la vida en un dispositivo asociado con el bienestar. Por eso mismo, Gómez (2018) sostiene que, mediante la Tupac Amaru, se

⁶ Ver nota al pie n.º 4.

organizaron las relaciones sociales de producción y reproducción social que hacen al sustento material de gran parte de la población provincial. Las cooperativas generaron excedente productivo mediante la intensificación de los ritmos laborales para acortar los tiempos estipulados por el Estado para la construcción de viviendas. Asimismo, se reorganizó el proceso de trabajo por sistema de cuadrilla en función de tareas específicas y oficios —pintura, machimbre, electricidad, plomería, etc.—, con el consecuente aumento en el nivel de productividad (Gómez, 2018). En torno a los requerimientos de las cooperativas, se desarrollaron diversos emprendimientos para lograr el autoabastecimiento de materiales de obra, entre ellos, una bloquera para producir caños de hormigón y bloques, una metalúrgica para elaborar las aberturas (puertas y ventanas), una fábrica textil y otra de muebles.

En este nuevo contexto, el vínculo cotidiano con la Tupac Amaru pasó a ser narrado en clave del lenguaje del trabajo. En los testimonios recogidos durante mis estadias de campo, aparecen términos precisos para indicar la aproximación a la Tupac Amaru, tales como “entrar” y “presentarse”, que suelen estar asociados en el uso común con el ingreso a un puesto laboral en el mercado de empleo formal. Estos aparecen situados en los fragmentos de entrevistas y conversaciones que cito a continuación:

Una persona que conocía me dice: “Hay una posibilidad que entres a la textil”. Y un día viene a mi casa y me dice: “Presentate mañana a las siete de la mañana”. Y yo al otro día vengo, me presento: “Quiero trabajar”, digo; y me dice la encargada: “Bueno, te vamos a hacer una prueba”. Yo había estudiado costura, pero nunca había cosido en una máquina industrial. Yo me senté, apretaba el pedal, pero se me iba hasta que me lastimé un dedo. Me quería ir, pero la encargada me dice: “Te tenés que quedar hasta terminar el pantalón”. Me acuerdo que, en ese momento, se estaban haciendo los uniformes para los juegos Evita. Y yo quería quedarme a trabajar ahí; la encargada se iba, venía y me miraba. Hasta que logré terminar el pantalón, no sabés la felicidad que sentí cuando terminé el pantalón. Y ella me dice: “Bueno, te quedás” (Silvana, entrevista, junio de 2016).

Yo estaba en Río Gallegos porque acá no había trabajo, pero una tía a la que yo quería mucho se murió; entonces me vine, y mi mamá se encontró un día a Milagro en la calle y le habló por mí para ver si me podía hacer entrar a trabajar. Entré a la sede, estaba en la parte de liquidaciones de sueldo, me gustó mucho esto, estar acá, ayudar a la gente. Yo estaba en liquidaciones, pero acá estaban también las otras áreas: vivienda, jubilación, Derechos Humanos; y todos se iban con una solución, era muy lindo ayudar (Ezequiel, entrevista, junio de 2016).

En las producciones políticas de la propia organización, sistematizadas en documentos y en discursos pronunciados en eventos públicos, se definen los contornos de la categoría de *trabajo digno, estable y decente*, en función de la experiencia en cooperativas y emprendimientos productivos y en el marco de disputas en un campo político limitado por el empleo público y el empleo estacional en ingenios azucareros y fincas de tabaco. En efecto, en distintos escritos, se reitera la frase: “La llegada de la Tupac generó fuentes laborales dignas y estables”; así, el funcionamiento de esta organización como tercera empleadora provincial imprimió una visión singular sobre la cuestión del trabajo y el reconocimiento de los/as trabajadores/as ligeramente distinta a las concepciones movilizadas a través de la categoría de economía popular. En particular, el *trabajo digno* se entendía como un modo de reformar, mediante la intervención de la Tupac Amaru, relaciones de desigualdad social constituidas histórica y regionalmente.

Con relación a lo anterior, en las descripciones que aparecen contenidas en distintos documentos se muestran sujetos constituidos históricamente en torno a diversas ocupaciones, tales como la carga de bultos en el paso fronterizo La Quiaca - Villazón (Bolivia), la espera por puestos en la Administración Pública municipal o provincial, el pastoreo, el trabajo estacional en ingenios azucareros o fincas de tabaco, la venta en ferias o “changas”. A diferencia de las discusiones que dan vida a la categoría de economía popular, tal como reseñé en la introducción a este artículo, algunas de estas ocupaciones no son consideradas como punto de partida para valorarlas como trabajo y reconocer a los sujetos que las ejercen como trabajadores/as; mientras que otras, como el empleo estacional en ingenios azucareros y fincas de tabaco, son condenadas debido a la extrema explotación y la precariedad bajo las cuales operan. En esta reconstrucción, la Tupac Amaru se presentaba a sí misma como una experiencia bisagra en cuanto que el trabajo decente y digno en la provincia era aquel que se creaba en cooperativas de construcción de vivienda y emprendimientos productivos inscriptos en el movimiento y, en menor medida, en el Estado cuando los puestos laborales lograban, a través de procesos de lucha, estabilizarse como parte de la planta permanente de la Administración Pública.

Los puestos de trabajo eran considerados dignos en cuanto aseguraran un nivel de ingreso que permitiera el consumo de bienes valorados socialmente y el acceso a un dispositivo de servicios y protecciones que la propia organización creaba y mantenía a partir del excedente productivo de las cooperativas. Al calendario del cobro salarial del empleo público, que en San Salvador de Jujuy se difunde a través de la radio, la televisión y la

prensa gráfica, se sumaba el comentario social extendido acerca del día en que cobraban los “tupaqueros”. Tal como pude observar en mis estadías de trabajo de campo, el día que percibían su paga los miembros de la Tupac Amaru se convertía en una señal para que se montaran, a lo largo de la calle donde estaba emplazada la sede central de la organización, puestos de venta de comida, bebidas, DVD y juguetes infantiles; además, se colmaban bares de la antigua terminal de ómnibus, kioscos para recargar teléfonos celulares, comercios de electrodomésticos y supermercados.

Como demostré en otro artículo, los puestos de trabajo se valoraban por la paga y por el acceso a bienes de consumo en función de trayectorias de vida signadas por continuas y severas privaciones materiales (Manzano, 2016). Un punto destacado es que las prácticas de consumo también se concebían como una oportunidad abierta con la acción del movimiento Tupac Amaru, en cuanto desafiaban la configuración jerárquica del espacio urbano, dentro del cual ciertos lugares, como restaurantes, confiterías o heladerías, eran vistos como pertenecientes a otros sectores sociales. El siguiente fragmento ilustra esto último:

Con la Flaca, entramos a *shoppings* o lugares que nunca pensamos que podíamos entrar. Ahora ya no podemos entrar más porque estamos sin trabajo, los precios son muy altos y porque, si nos ven con algo de la Tupac, nos echan (Beto, entrevista, mayo de 2017).

Otros mecanismos de redistribución, de carácter más extraordinario que la paga mensual, reforzaban el acceso a distintas clases de bienes, tales como sorteos (de motos, bicicletas, autos, televisores y electrodomésticos, entre otros premios posibles), entrega de cajas con productos navideños o bonos de dinero extra cuando se alcanzaba una meta productiva que requería tareas complejas en poco tiempo. A la par, la Tupac Amaru ocupaba las calles centrales de la ciudad para practicar grandes rituales de distribución en el marco de los festejos de Reyes Magos y del Día de las Infancias. La prensa local estimaba que, en cada uno de esos eventos, que progresivamente se habían incorporado al calendario oficial de celebraciones provinciales, participaban aproximadamente cien mil personas. Las copas de leche tenían un marcado protagonismo en la organización de esas jornadas, instalaban carpas y competían entre sí ofreciendo distintas clases de alimentos y bebidas en mesas preparadas con adornos especiales, suvenires y envoltorios para los juguetes que se repartían en esas ocasiones. Además, para esos festejos, se contrataba a grupos musicales y locutores ampliamente reconocidos dentro del género tropical, en su mayoría procedentes de Buenos Aires, así como payasos, disfraces, peloteros y castillos inflables.

Los puestos laborales creados en las cooperativas también eran valorados por su inscripción en una trama de protecciones y servicios asociada con la producción de bienestar. En el transcurso de una conversación durante mi estancia de campo del año 2014, cuando compartía diariamente una merienda con las auxiliares de limpieza de la escuela terciaria de la Tupac Amaru, la intervención de la Pillu abrió un diálogo acerca de los beneficios que brindaba la organización:

- Ellos [en alusión a la Tupac] te dan todo— profundizó la Pillu.
- Educación y salud —agregó Mirtha—. Se paga cinco pesos por mes, como una mutual —prosiguió Mirtha—, y tenés todo.
- También para los velorios —acotó la Pillu—. Si muere un familiar, ellos te pagan todo: el cajón, las luces, el lugar, y también te dan cuatro bolsas de mercadería para organizar el día del velorio (registro de campo 1, 6 de octubre de 2014).

Estas intervenciones destacan la experiencia encarnada con las prestaciones que proporcionaba la organización barrial Tupac Amaru en el ámbito de la salud o en el terreno del socorro frente a la muerte. En una cartilla titulada “Organización Barrial Tupac Amaru. Beneficio para los afiliados”, se promocionaban servicios de medicina clínica, pediatría, oftalmología, traumatología, odontología, laboratorio dental, masoterapia, fisioterapia, radiología, ginecología, obstetricia, farmacia, laboratorio, cardiología y psicología. También se ofrecían servicios de sepelios y medicación gratuita. Además de esto, se puntualizaban “servicios sociales”, tales como la tramitación de pensiones, subsidios y documentos de identidad nacionales y para inmigrantes; asesoría jurídica; atención a jubilados; colegios polimodales y la oferta educativa del Instituto Terciario.

A la par, funcionaba una extensa red de promoción y atención primaria de la salud a cargo de agentes sanitarias formadas en la escuela terciaria de la Organización Barrial Tupac Amaru. En mi estadía de campo de 2014, acompañé a dichas agentes durante la visita domiciliaria en el barrio de Alto Comedero, que representaba su actividad principal y a la que sumaban estacionalmente campañas de vacunación, administración de test para detectar HPV en mujeres, jornadas de promoción de la salud en la vía pública o el control del acceso a las piscinas en época de verano. En el terreno de la salud, también sobresalían las dos ambulancias equipadas (una de ellas permanecía en la sede central y la otra en el barrio de Alto Comedero) con las que se trasladaba a pacientes o se acudía ante situaciones de urgencia durante las veinticuatro horas del día.

Un sistema de prestación bastante estandarizado, tal como pude reconstruir, se ponía en funcionamiento ante accidentes o dolencias corporales relacionadas con el tipo de tarea desempeñada en los procesos de trabajo. Era bastante frecuente sufrir heridas en manos, dedos y piernas; golpes; afecciones en los ojos; o padecimientos de cintura, columna y espalda. Ante esas situaciones, las personas eran asistidas en los centros de salud de la propia organización o derivadas hacia otros de alta complejidad en Jujuy u otras provincias del país. A su turno, se gestionaba el beneficio de políticas de transferencia condicionada de ingresos, como los programas provinciales de empleo comunitario, y finalmente se trasladaba a esa persona, una vez recobrada, a otro puesto de trabajo dentro de la organización que requiriera de menor esfuerzo físico.

Entre los servicios, también se ponderaba el funcionamiento de guarderías infantiles destinadas a los/as hijos/as de quienes trabajaban en las cooperativas, así como en centros deportivos y talleres culturales destinados a niños/as y jóvenes, a quienes se los denominaba “tupaqueritos”. Con relación a esto último, se solía divulgar y premiar el compromiso en instancias públicas como olimpiadas de matemática y filosofía, concursos de baile y competencias deportivas.

En el dispositivo de provisión de bienestar, la relación entre trabajo y vivienda era nodal, en cuanto que quienes integraban la Organización Barrial Tupac Amaru accedían a puestos de trabajo, pero también a las viviendas construidas. En los documentos producidos por la organización, la vivienda digna se figura como un indicador central de la creación de bienestar y el acceso a derechos, especialmente en contraposición a las viviendas precarias, “los ranchos”, que tradicionalmente ocuparon los trabajadores estacionales en ingenios y fincas de tabaco, o a la situación de hacinamiento y cohabitación de familias extensas en los barrios populares de los centros urbanos. La vivienda digna se asociaba también a la materialidad de la construcción frente a la noción de vivienda precaria; por eso mismo, en conversaciones cotidianas y en piezas gráficas y audiovisuales, se detallaban con precisión los materiales utilizados y sus mixturas: colores de la tierra combinados con tonos pasteles en las paredes, cerámicos en el piso de color blanco con pintas marrones o machimbre en el cielorraso.

En otro trabajo, analicé pormenorizadamente el proceso de asignación y adjudicación de viviendas en el marco de la Organización Barrial Tupac Amaru (Manzano, 2021), por ello aquí solo señalaré que se valoraba el acceso a la vivienda teniendo en cuenta trayectorias previas de vinculación con organismos públicos en la materia. En efecto, los testimonios refieren la estabilidad laboral y el nivel de ingreso requeridos para tornarse candidatos/

as de políticas habitacionales implementadas por el Instituto de Vivienda y Urbanismo de Jujuy (IVUJ). Por eso mismo, eran excluidos sistemáticamente de ese beneficio, especialmente tratándose de personas solas o de jóvenes con poca cantidad de hijos/as. Con relación a esto, Juancito comentaba:

Ella no se fijaba, a todos le daba, porque en el IVUJ vos tenés que tener recibo de sueldo estable y familia, la prioridad es la familia. Ella, en cambio, decía: “No, si vos no vas a estar solo siempre, entonces, cuando tengas familia, ya tenés donde estar” (registro de campo 1, 9 de mayo de 2017).

El trabajo y la vivienda asumieron un lugar central en las luchas por la redistribución del ingreso y el acceso al bienestar. A la vez, los términos de las políticas estatales concebían a la vivienda popular como pieza clave para la redistribución del ingreso, ya fuera a través de la creación de fuentes laborales en cooperativas como de la asignación de las unidades habitacionales a beneficiarios/as en situación de vulnerabilidad social (Ballent y Lier-nur, 2014; Varela y Fernández Wagner, 2012). Esos parámetros impuestos estatalmente fueron contorneados desde una experiencia vívida definida por una forma de trabajo colectivo que produce valor en el entrecruce de procesos de expropiación y de apropiación, de lo público y de lo común. La Organización Barrial Tupac Amaru se constituyó como tal a partir de una modalidad colectiva de apropiación de parte del excedente social concentrado y redistribuido a través de políticas públicas. Ese trabajo colectivo, aunque apoyado en intervenciones públicas estatales, producía aquello que Harvey (2014) define como lo común, es decir, esos bienes que necesariamente rebasan el entendimiento acotado que ordena nuestro razonamiento entre mercado o Estado. Ahora bien, lo común, como explicita este autor, no se refiere a bienes estáticos y acabados, sino a relaciones maleables en función de luchas de comunalización inmersas en procesos de expropiación/apropiación. Y esas luchas se libraban, al mismo tiempo, contra las formas de intervención social del Estado provincial y contra procesos de discriminación, explotación, represión y diferenciación selectiva de la fuerza de trabajo que modelaban un orden social de acuerdo con los requerimientos de la agroindustria azucarera y las fincas de tabaco.

Ser tupaqueros/as: clase, etnia y sexualidades

En la introducción a este artículo, sostuve que uno de los debates centrales en torno a la heterogeneidad del trabajo, las formas de acción política y las identificaciones versa sobre los términos de reconocimiento de los/as trabajadores/as de la economía popular y, por ende, de las organizaciones

que aspiran a su representación. En algunos planteos, el centro del análisis recae sobre las formas de reconocimiento institucional (Muñoz y Villar, 2017; Natalucci y Morris, 2019); en otros, se pone en juego la tensión entre redistribución y reconocimiento, apuntando a la valorización de los sujetos a partir de las actividades que realizan y su condición de trabajadores más allá del trabajo asalariado (Maldovan Bonelli, 2020; Maldovan Bonelli y Melgarejo, 2019). Considerando estas cuestiones, me interesa mostrar aquí cómo la creación de trabajo digno en la visión de la Organización Barrial Tupac Amaru implicó posicionarse como fuerza colectiva en un campo de disputa donde el reconocimiento excedió las identidades construidas a partir de trabajo, puesto que se trató del intento deliberado de creación de un determinado tipo de persona: *los/as tupaqueros/as*. Es decir, la construcción de un tipo de persona sobre la base del cultivo de virtudes morales (Lazar, 2013) y de la recuperación afirmativa de las identificaciones de clase, étnicas y sexuales.

Esta apuesta a la constitución de subjetividades se relaciona con las luchas por la redistribución y el acceso al bienestar en un campo de fuerzas históricamente constituido. Los miembros de la Tupac Amaru se sabían depositarios de imágenes sociales que los definían como *vagos, violentos, ignorantes, corruptos, indios y cochinos*. Esto se relaciona, en parte, con el desafío que representó este movimiento para el ordenamiento jerárquico, étnico y social de la provincia; por lo que se tornaron en punto de ataque de fuerzas sociales hegemónicas.

En el caso de San Salvador de Jujuy, fundada en 1593, los españoles organizaron el territorio entre los ríos Grande y Xibi Xibi sobre la base de la cuadrícula de damero. Ambos ríos constituyen puntos naturales y simbólicos a partir de los cuales se ordena la división social del espacio: hacia el norte del río Grande, se fueron instalando los sectores sociales más privilegiados; hacia el sur del río Xibi Xibi, los sectores más empobrecidos y marcados socialmente sobre la base de su procedencia étnica (Bergesio *et al.*, 2009). La manera de gestionar la ciudad valoriza la tradición histórica que confiere derechos a algunos habitantes asociados al mundo blanco y masculino; como contraparte, se ejerció un intenso control sobre familias pobres, indios, mujeres y sujetos "ociosos" (Bergesio *et al.*, 2009; García Moritán, 1997). Estas normatividades se trasmutaron en jerarquías espaciales, puesto que simbólicamente la ciudad se piensa a sí misma en términos hegemónicos desde el territorio conformado por la cuadrícula colonial (Gaona, 2015). Este modelo normalizado fue puesto en cuestionamiento cuando la Organización Barrial Tupac Amaru hizo irrumpir como fuerza colectiva a sujetos marcados en términos de clase, etnia y sexualidades (Gaona, 2015).

En una conversación que mantuve con Milagro Sala cuando cumplía prisión domiciliaria en 2018, ella me comentó: “Yo siempre le decía a los compañeros que, por más que sean pobres, no podían estar sin dientes, que tenían que estar limpios, así siempre jodíamos en las reuniones” (comunicación personal, marzo de 2018). A lo largo de mi trabajo de campo, identifiqué distintas instancias tendientes a la producción de sujetos activos y comprometidos con el cuidado de sí a través del cuidado de los cuerpos. Según mi criterio, esto expresaba un programa moral que apuntaba a la reconstitución de las personas para que se afirmasen en un campo de relaciones de fuerzas sociales que las obligaba a disputar en distintas esferas. Con relación a este punto, los testimonios que cito a continuación pueden ser ilustrativos:

Acá hay gente que, por ahí, tiene baja la autoestima; y Milagro nos enseñó a que valoremos lo que somos, a que, por ahí, pongamos, alguien venía de saco y corbata, como ella decía, y vos ya bajabas la mirada o decías lo que ellos decían. Por suerte, Milagro nos ayudó a no bajar la mirada ante nadie, nos ayudó a tratar con respeto a los chicos trans, que eso es algo natural, que no es nada raro (Huguito, entrevista, junio de 2016).

Es como que ella quería que no nos sintiéramos menos. Yo andaba en cosas malas, en la calle, tirado, robando; y, después, verme de traje, porque a veces nos hacía poner traje para las fiestas, mis amigos me veían que salía así. Aparte, porque tenía que hablar con los ingenieros, los arquitectos. Y eso de ver que les podían hablar, que te respetaban, eso es lo que me dio Ella, esa oportunidad es invaluable (Juancito, entrevista, mayo de 2017).

Como en estos dos casos, gran parte de los testimonios que obtuve durante mis estancias de trabajo de campo se refieren a las enseñanzas y los consejos que impartía Milagro Sala en diferentes situaciones de interacción. El aprendizaje incluía el entrenamiento en nuevos oficios, la culminación de la escolarización formal, la adquisición de habilidades organizativas y, acaso fundamentalmente, la incorporación de nuevos comportamientos anclados en el cultivo de virtudes morales, como modos de ser con los demás, de reclamar ante quienes ejercían el poder o de disponer el cuerpo de un modo menos desigual.

La figura de trabajadores/as activos/as se construía cotidianamente y en eventos extraordinarios en los cuales se exaltaba el orgullo de la identidad, como el desfile del 1.º de Mayo en las calles centrales de la ciudad de San Salvador de Jujuy, que convocó un número estimado en sesenta mil perso-

nas en 2013. Con paso sincronizado y agitando las banderas de la organización, quienes formaban parte de las cooperativas de vivienda y de otros emprendimientos productivos encabezaban las columnas vistiendo prolijamente sus ropas de trabajo de tela de gabardina color caqui, las cuales llevaban impreso el logo de la organización. Este se compone de la representación del mapa de la provincia de Jujuy: una mitad está cubierta con los colores de la bandera wiphala, y la otra, con los de la Argentina; el perfil de Tupac Amaru sobre relieve en el centro, el de Ernesto “Che” Guevara en un lateral y el de Eva Perón en el otro. En esa oportunidad, Milagro Sala pronunció un discurso en el cual destacaba la importancia de esa celebración:

Somos producto de la década del 90, cuando no tenían trabajo miles y miles de compañeros. Hoy los compañeros se insertaron en las organizaciones sociales, en las cooperativas de construcción y en las distintas fábricas que se crearon. Por eso para nosotros hoy el desfile es muy importante y es un orgullo para miles y miles de jujeños (Organización Barrial Tupac Amaru, s. f., p. 103).

Conjuntamente con la construcción de subjetividades a partir del trabajo, la Tupac Amaru propició instancias para la incorporación de los sujetos en una larga temporalidad de reconocimiento étnico que contribuyeron a fortalecer luchas y demandas de comunidades de pueblos originarios de la región. A los pies del Templo de Kalasasaya, se practicaban rituales propiciatorios de los pueblos andinos, como la celebración de la Pacha Mama los primeros de agosto y el Inti Raymi en el solsticio de invierno, que se convertían en ocasiones para repasar trayectorias familiares y hallar sus puntos de contacto con el mundo indígena. A su vez, la construcción de un régimen estético, entendido como la manera en que la experiencia política se inscribe en la organización del campo de lo sensible al poner en juego símbolos, imágenes, tecnologías y corporalidades (Abélès y Badaró, 2015), hacía prevalecer elementos asociados con lo indígena (Ríos, 2013). Con respecto a esta dimensión, los barrios construidos por la Tupac Amaru se distinguen del área que los circunda por la explosión de colores y la sucesión de imágenes, entre ellas sobresalen wiphalas, el monumento en homenaje a Tupac Amaru y a Micaela Bastidas y el propio símil del Templo de Kalasasaya; en tanto que, en las manifestaciones públicas y asambleas, se elevaba el grito al unísono de “Jallalla”, cuya traducción sería “fuerza”.

Estos procesos de reconocimiento estimulados por la actuación de la Tupac Amaru eran sumamente relevantes, puesto que, en la provincia de Jujuy, ser indio se había convertido en sinónimo de una población originaria pero derrotada o en marcaciones étnicas en mercados de trabajo segre-

gados como era el de la agroindustria azucarera. Como advierten distintas investigaciones, las marcas étnicas predefinen modos de inclusión de los sujetos en el territorio, por ello, a pesar del acelerado proceso de urbanización provincial, lo indígena continúa asociado al espacio rural (Gaona y Ficosco, 2012). Desde la colonización española, la estructura social jujeña está sobredeterminada étnicamente (Karasik, 2006). Tras las guerras de la independencia del siglo XIX, las elites criollas y mestizas validaron su poder en la usurpación y control de tierras, en la elaboración de genealogías familiares con héroes de esas guerras y en el manejo de resortes de la política institucional (Karasik, 2006). Bajo ese orden, los indios y sus descendientes se transformaron en la mano de obra explotada y representaron la imagen de indio dócil y manso, cuando ocupan lugares asignados en haciendas e ingenios, o peligroso, cuando esos lugares se desestabilizan. La experiencia de trabajo en los ingenios azucareros fue central para la etnificación de las categorías laborales y sociales y su despliegue práctico en el trabajo y en la vida cotidiana (Karasik, 2005).

Ser tupaquero/a, entonces, era constituirse como trabajador/a a partir del reconocimiento de los vínculos étnicos que los enraizaban en un pasado común y los proyectaban en el presente y hacia el futuro. Más allá de esta cuestión, en términos de movilización colectiva, la Tupac Amaru aportó recursos y capacidades logísticas para coordinar una multitudinaria marcha de comunidades indígenas procedentes desde los cuatro puntos cardinales hacia Plaza de Mayo, centro político del país, durante la última semana del mes de mayo de 2010. En esa oportunidad, la imagen de Milagro Sala fue capturada al frente de las columnas de manifestantes que ingresaron a la Ciudad de Buenos Aires, siendo proyectada como símbolo de su reconocimiento como mujer descendiente kolla. Esa movilización, según reportan las noticias de los medios de comunicación de esa época, se desplazó por el país alzando la consigna “La tierra robada será recuperada” y reclamaba al Estado la recuperación del territorio, la implementación de un sistema educativo bilingüe, el tratamiento de la naturaleza de acuerdo con saberes ancestrales y la aplicación efectiva de la Ley 26.160 de Emergencia Territorial (2006).

Otro hecho significativo en esta dirección ha sido el encuentro entre el Papa Francisco y Milagro Sala, quien asistió al Vaticano acompañada de una comitiva compuesta por referentes de los pueblos kolla, guaraní y diaguita el 7 de agosto de 2014. Entre otras cuestiones, peticionaron ante el Papa su intermediación para la apertura de archivos de las misiones jesuitas en épocas de colonización española para facilitar la recuperación de títulos de tierras comunitarias (Organización Barrial Tupac Amaru, 2014, p. 22).

Por su parte, la interpretación de la cuestión indígena se encontraba profundamente influida por el vínculo que mantenía la Tupac Amaru con el proceso político boliviano de ese período, fortalecido a través de la visita de Evo Morales a Jujuy y de integrantes de la Tupac Amaru a Bolivia, así como por el involucramiento activo en campañas electorales del voto boliviano en el exterior para apoyar las candidaturas filiadas con el Movimiento al Socialismo.

De manera articulada con todos estos procesos, debe destacarse la primera marcha anual del orgullo LGBTIQ en la provincia de Jujuy, organizada por el área de diversidad de la Organización Barrial Tupac Amaru en 2013, ya que se trata de otro de los eventos que condensa la apuesta activa para la constitución de subjetividades y corporalidades en clave de clase social, etnia y sexualidades. El camino hacia ese proceso se inauguró con la labor de reconocimiento de personas gays y lesbianas que participaban del movimiento. Así, se establecieron marcos afectivos de colaboración para que pudiesen asumir afirmativamente sus identidades ante sus familias y ante el resto de los integrantes de la Organización Barrial Tupac Amaru. Durante las reuniones de delegados de copas de leche o en las instancias de asamblea, quienes integraban el área de diversidad se propusieron relatar sus trayectorias de vida acentuando situaciones de vergüenza, humillación y violencia que habían sufrido por su identificación sexual. Conjuntamente, se organizaron grupos para visitar a personas trans detenidas en comisarías y se diseñaron talleres de prevención, entre otras cuestiones, para asesorar sobre técnicas de hormonización que no pusieran en riesgo la vida. Sin lugar a duda, las manifestaciones del Orgullo se convirtieron en eventos de suma relevancia para los cuales una gran cantidad de personas colaboró con tareas orientadas a construir carrozas, confeccionar el vestuario, diseñar la logística y asegurar la masividad de las marchas. Huguito (junio de 2016), uno de los coordinadores del área de Diversidad, recordaba lo siguiente en una entrevista que mantuve con él:

En el 2013 hicimos el primer desfile de carrozas. El primero lo hicimos con tres, después con cinco carrozas, y, después, el último lo hicimos con veintitún carrozas. Y estuvo relindo porque la idea era visibilizar y no vulgarizar un poco lo que era el desfile y hacer que las chicas se sientan reinas o princesas. Yo les decía a los chicos, cuando empezamos a armar las carrozas, que más de uno había soñado subirse a una carroza, pero por la condición sexual nunca pudimos.

La marcha del Orgullo recuperaba algunas tradiciones locales, como los grandes desfiles de carroza que ocurren durante la Fiesta del Estudiante cada mes de septiembre, un acontecimiento que marca el ritmo de la socie-

dad jujeña a lo largo de todo el año. La constitución de subjetividades, como sostuve al principio de este apartado, se imbrica de un modo profundo con las luchas por la redistribución y el acceso al bienestar, en cuanto afirman como fuerza colectiva a sujetos constituidos desde relaciones enraizadas en la clase social, la etnia y las sexualidades. En el contexto puntual de este análisis, la Tupac Amaru como fuerza colectiva afectó las relaciones de dominación estructuradas en espacios urbanos desde el período colonial y parcialmente trastocadas en el período independiente, que algunos sintetizan con la categoría de jujeñidad. En este sentido, en una conversación que mantuve con Manuel, dirigente de la Tupac Amaru y diputado provincial, este sostenía:

La jujeñidad, algunos diputados hablan en nombre de la jujeñidad, pero ¿qué es la jujeñidad? Es acá, entre estas calles [señala con sus manos dibujando una figura y haciendo alusión al casco urbano desde la mesa del bar a la cual estábamos sentados, frente a la plaza central de la ciudad], donde se celebra lo indígena como folklórico, como llorando, como esa canción jujeñito. Ni hablar de la Patria Grande, todo empezaría después de la Independencia, lo otro es solo un lamento. Y nosotros jodimos ahí. Nos metimos en el centro, los tupaqueros, los negritos, entraban al bar tal a tomar algo donde estaba la jujeñidad. Acá en el centro, hicimos todos los rituales indígenas, porque el Carnaval es en la Quebrada, allá todos bailan, salen por las calles, pero no en la capital; y nosotros empezamos a hacer el carnaval en la capital, salimos desfilando desde el puente, al lado del galpón y bailamos por el carnaval. A eso suma que Milagro se casó por los rituales andinos. Aparte, con la diversidad sexual, desfilamos con carrozas. Al poder económico jodimos, al negocio con los constructores porque construimos nosotros casas, ahora volvieron (registro de campo 4, 13 de marzo de 2018).

La jujeñidad, pensada en esos términos, designa a habitantes identificados con valores asociados al mundo blanco, como lo urbano, lo masculino, la propiedad y los privilegios. Como parte de ese orden, emergió un modelo normalizado de acceso a la ciudad que fue puesto en cuestionamiento cuando personas posicionadas en términos de clase social, etnia y sexualidad irrumpieron en la centralidad urbana. Los/as tupaqueros/as, como se denominaban a sí mismos los miembros de la Tupac Amaru, y como eran denominados por la sociedad jujeña, se reconocían a partir del trabajo propio y colectivo invertido en la producción de bienes y de un dispositivo de bienestar, así como en prácticas de afirmación de su inserción como clase social en un orden jerárquico contra el cual disputaban que, a la vez, se fundía en el reconocimiento étnico y en el ejercicio de sexualidades diversas.

Sostengo, entonces, que los/as tupaqueros/as pueden ser mejor comprendidos/as como un conjunto de prácticas de creación de comunidad y como proyecto ético de construcción de personas a través del cultivo de virtudes morales. Prácticas y proyecto que desafiaron abiertamente un ordenamiento social centrado en la categoría de jujeñidad.

Palabras finales

En este artículo, he tratado de mostrar que la experiencia de la Organización Barrial Tupac Amaru se inscribió en una disputa histórica por la redistribución de la riqueza y el derecho al bienestar en la provincia de Jujuy. En este sentido, algunos autores suponen que esta organización forma parte de una tradición combativa de la provincia que reclama mayor inclusión en el sistema social mediante la ampliación de márgenes de ciudadanía, reconfiguración de la distribución de la riqueza y reclamo de interlocución política con poderes nacionales (Gaona, 2015). En términos conceptuales, podemos suponer que estas reclamaciones emulan parcialmente la noción de derechos sociales sistematizada hace ya tiempo por Thomas Marshall (1997), que remite a un mínimo de bienestar económico y de seguridad, así como al derecho a participar del patrimonio social conforme a los estándares corrientes de una sociedad dada. Para Marshall, la ciudadanía define un estatus que se otorga a quienes son miembros de pleno derecho en una comunidad —que el autor equipara a la nación—, así, todos aquellos que poseen ese estatus son iguales en lo que refiere a deberes y derechos (Marshall, 1997). Los estudios antropológicos sobre ciudadanía difieren de la noción liberal que define a la ciudadanía como estatus, es decir, como la propiedad individual de una serie de derechos y responsabilidades *vis-a-vis* el Estado (Lazar, 2013). De este modo, proponen atender a la ciudadanía como práctica de construcción de membresía y como proyecto ético de producción de determinado tipo de personas y de subjetividades (Lazar, 2013).

En esta última clave analítica, la Organización Barrial Tupac Amaru no puede leerse simplemente como una organización intermediaria de los intereses de los sectores populares informales frente al Gobierno nacional, como proponen quienes centran la mirada en el sistema de representación. La creación de puestos de trabajo a través de cooperativas, su inscripción en una trama de prestaciones y derechos asociados al bienestar y, fundamentalmente, la construcción de sujetos activos a través de la promoción de virtudes morales para afirmarse en escenarios de disputas dan cuenta del desafío abierto a un orden de dominación jerárquico y urbano, para lo cual resultó central el control de excedentes sociales distribuidos a través de políticas públicas. Una de las consignas más populares de esta organización

era “¿Quiénes somos?: Tupac Amaru. ¿Qué queremos?: Trabajo, educación y salud. ¡Vamos por más!”. En esa dirección, esta organización reorientó durante casi diez años la trayectoria de los sectores populares de la provincia, procurando, junto con la creación de trabajo, el acceso al consumo, la salud, la educación, la vivienda y la recreación.

Como parte de esta experiencia, se articuló la categoría tupaqueros/as, la cual anunciaba el desafío a un orden de relaciones sociales constituido histórica y hegemónicamente, puesto que hacía irrumpir como fuerza colectiva a sujetos marcados en términos de clase, étnicos y sexuales. Y lo hacían desbordando el barrio construido en las periferias, para ocupar de modo permanente la cuadrícula urbana colonial durante el calendario festivo: desfiles del Día del Trabajo, carrozas en la marcha del orgullo LGBTIQ o eventos de distribución de bienes el Día Reyes Magos y Día de las Infancias. Más allá del calendario festivo, los tupaqueros/as ocupaban cotidianamente el espacio central de San Salvador de Jujuy para consumir distintas clases de bienes y para acceder a espacios prestigiosos de la ciudad que se creían reservados para otras clases sociales. Por esa razón, el protagonismo activo de aquellos/as calificados/as como pobres e indios/as en la redistribución, el consumo, las celebraciones y el ejercicio de sexualidades diversas trastocaba y desestabilizaba ese ordenamiento social, lo que tornaba a la organización Tupac Amaru en un blanco predilecto de represión política.

Referencias

- Abélès, M., y Badaró, M. (2015). *Los encantos del poder. Desafíos de la antropología política*. Siglo XXI.
- Aramayo, C. (2009). *Jujuy en el bicentenario. Contexto e historia de luchas*. Editorial Ágora.
- Ballent, A., y Liernur, J. (2014). *La casa y la multitud. Vivienda, política y cultura en la Argentina moderna*. Fondo de Cultura Económica.
- Battezzati, S. (2012). La Tupac Amaru: intermediación de intereses de los sectores populares informales en la provincia de Jujuy. *Desarrollo Económico*, 52(205), 147-171. <https://static.ides.org.ar/archivo/www/2013/04/6-BATTEZZATI.pdf>
- Bergesio, L., y Marcoleri, M. E. (2008). De siderúrgica a turística. Breve historia ocupacional de la ciudad de Palpalá (Jujuy-Argentina). *Revista de Estudios Regionales y Mercados de Trabajo*, (4), 45-70.
- Bergesio, L., Golovanevsky, L., y Marcoleri, M. E. (2009). *Construcción social de la ciudad. San Salvador de Jujuy desde el barrio Alto Comedero*. Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy.
- Casas-Cortés, M. (2014). A Genealogy of Precarity: A Toolbox for Rearticulating Fragmented Social Realities in and out of the Workplace. *Rethinking Marxism*, 2(26), 206-226.
- Conti, V. (2006). De las guerras de la independencia a la organización del Estado. 1810-1852. En A. Teruel y M. Lagos (Eds.), *Jujuy en la historia. De la colonia al siglo XX* (pp. 87-137). Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy.
- Fernández Álvarez, M. I. (2016). Experiencias de precariedad, creación de derechos y producción colectiva de bienestar(es) desde la economía popular. *Revista Ensamblés en sociedad, política y cultura*, (4/5), 72-89.
- Fernández Álvarez, M. I. (2018). Más allá de la precariedad: prácticas colectivas y subjetividades políticas desde la economía popular argentina. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, (62), 21-38.
- Ferrari, F. (2015). *La memoria municipal conmemorada. Sindicalismo, identidad y experiencia de lucha en Jujuy* [tesis de licenciatura no publicada, Universidad de Buenos Aires, Argentina].
- Forni, P. (2019). "Artesanos de la Unidad": Misioneros de Francisco y los movimientos sociales en tiempos macristas. *Revista Estado y Políticas Públicas*, (13), 201-218.
- Forni, P., Zapico, M., y Nougues, T. (2020). La economía popular como identidad colectiva. El camino a la unidad de los movimientos y organizaciones populares en la Argentina (2011-2019). *Colección*, 2(31), 73-108.

- Gaona, M. (2015). *Experiencia, ciudad e identidad en torno a la organización barrial Tupac Amaru de San Salvador de Jujuy* [tesis doctoral no publicada, Universidad Nacional de La Plata, Argentina].
- Gaona, M., y Ficoseco, V. S. (2012). La jujeñidad cuestionada: Acciones colectivas que desafían las normas y los márgenes. *Revista Question*, 35(1), 100-113.
- García Moritán, M. (1997). *Campo Verde. Un proyecto urbano basado en la auto-organización. Un sueño hecho realidad*. Universidad Nacional de Jujuy.
- Gómez, E. (2018). *Las organizaciones de trabajadores desocupados en la provincia de Jujuy. Su formación y desarrollo* [tesis doctoral no publicada, Universidad de Buenos Aires, Argentina].
- Gómez, E., y Kindgard, F. (1998). Los cortes de ruta en la provincia de Jujuy. Mayo y Junio de 1997. *Documento y Comunicaciones*. PIMSA.
- Grassi, E. (2003). *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame (I)*. Espacio Editorial.
- Harvey, D. (2014). *Ciudades Rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana* (J. Madariaga, Trad.). Akal.
- Karasik, G. (2005). *Etnicidad, cultura y clases sociales. Procesos de formación histórica de la conciencia colectiva en Jujuy, 1985-2003* [tesis doctoral no publicada, Universidad Nacional de Tucumán, Argentina].
- Karasik, G. (2006). Cultura popular e identidad. En A. Teruel y M. Lagos (Eds.), *Jujuy en la historia. De la colonia al siglo XX* (pp. 467-489). Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy.
- Lazar, S. (2013). Citizenship, political agency and technologies of the self in Argentinean trade unions. *Critique of Anthropology*, 33(1), 110-128.
- Ley Nacional N.º 26.160 (2006). De relevamiento territorial de comunidades indígenas. <https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/122499/texto>
- Maldovan Bonelli, J. (2020). Trabajo y Economía Popular: categorías y supuestos en debate. *Revista institucional de la defensa pública*, 13-18.
- Maldovan Bonelli, J., y Melgarejo, M. (2019). Reivindicaciones y demandas de los/as trabajadores/as no asalariados/as. El dilema redistribución-reconocimiento en la economía popular. *RevIISE*, 13(13), 263-278.
- Manzano, V. (2013). *La política en movimiento. Movilizaciones colectivas y políticas estatales en la vida del Gran Buenos Aires*. Prohistoria Ediciones.
- Manzano, V. (2015). Lugar, trabajo y Bienestar: La Organización Barrial Tupac Amaru en clave de política relacional. *Revista Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, (19), 1-35.

- Manzano, V. (2016). Tramas de bienestar, membresía y sujetos políticos: La Organización Tupac Amaru en el norte argentino. *Revista Ensamblajes en sociedad, política y cultura*, (4-5), 50-67.
- Manzano, V (2020). La criminalización de la vida política popular: dimensiones éticas y epistemológicas de una pericia antropológica en el caso de la organización barrial Tupac Amaru. *Revista Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, (29), 14-25.
- Manzano, V. (2021). Producción de viviendas y configuración colectiva de casas: vida doméstica y luchas por el bienestar en el Movimiento Tupac Amaru de Jujuy. En J. Barada, E. Mosso, D. Roldán y C. Salamánca (Eds.), *Habitar(es) en el Siglo XXI* (pp. 41-74). UNR Editora.
- Marshall, T. (1997). Ciudadanía y Clase social. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (79), 297-344.
- Muñoz, M. A., y Villar, L. (2017). Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP en la CGT). Entre la organización sindical y el conflicto político-social (Argentina, 2011-2017). *Crítica y Resistencias. Revista de conflictos sociales latinoamericanos*, (5), 22-52.
- Natalucci, A., y Mate, E. (2020). Estrategias de institucionalización de los trabajadores de la economía popular y sus organizaciones. Revisitando la Ley de Emergencia Social (Argentina, 2016). *Cartografías del Sur*, (12), 168-188.
- Natalucci, A., y Morris, M. B. (2019). ¿Superando la fragmentación? Un análisis de las estrategias de articulación entre la CGT y la CTEP (2009-2017). *Astrolabio, Nueva Época*, (23), 169-197.
- Neilson, B., y Rossiter, N. (2008). Precarity as a Political Concept, or Fordism as Exception. *Theory, Culture & Society*, 25(7-8), 51-72.
- Organización Barrial Tupac Amaru.(2012). El gran rompecabezas [video].
- Organización Barrial Tupac Amaru (2014). *Anuario*. San Salvador de Jujuy.
- Organización Barrial Tupac Amaru (s. f.). *Cuadernillo*. San Salvador de Jujuy.
- Ríos, N. F. (2013). La irrupción india en la movilización social jujeña: el caso de la Organización Barrial Tupac Amaru [ponencia inédita]. *VII Jornadas de Jóvenes Investigadores*. Instituto Gino Germani, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.
- Rodríguez Blanco, M. (2011). Participación ciudadana no institucionalizada, protesta y democracia en Argentina. Íconos. *Revista de Ciencias Sociales*, (40), 89-103.
- Tabbush, C., y Caminotti, M. (2015). Igualdad de Género y movimientos sociales en la Argentina posneoliberal: La Organización Barrial Tupac Amaru. *Perfiles Latinoamericanos*, 46(23), 147-171.
- Teruel, A., Lagos, M., y Peirotti, L. (2006). Los valles subtropicales: Frontera, modernización azucarera y crisis. En A. Teruel y M. Lagos (Eds.),

Jujuy en la historia. De la colonia al siglo XX (pp. 437-464). Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy.

Varela, O., y Fernández Wagner, R. (2012). El retorno del Estado. Los programas federales de vivienda en el AMBA. En M. C. Cravino (Ed.), *Construyendo barrios. Transformaciones socioterritoriales a partir de los programas federales de vivienda en el Área Metropolitana de Buenos Aires 2004-2009* (pp. 15-48). Editorial CICCUS.